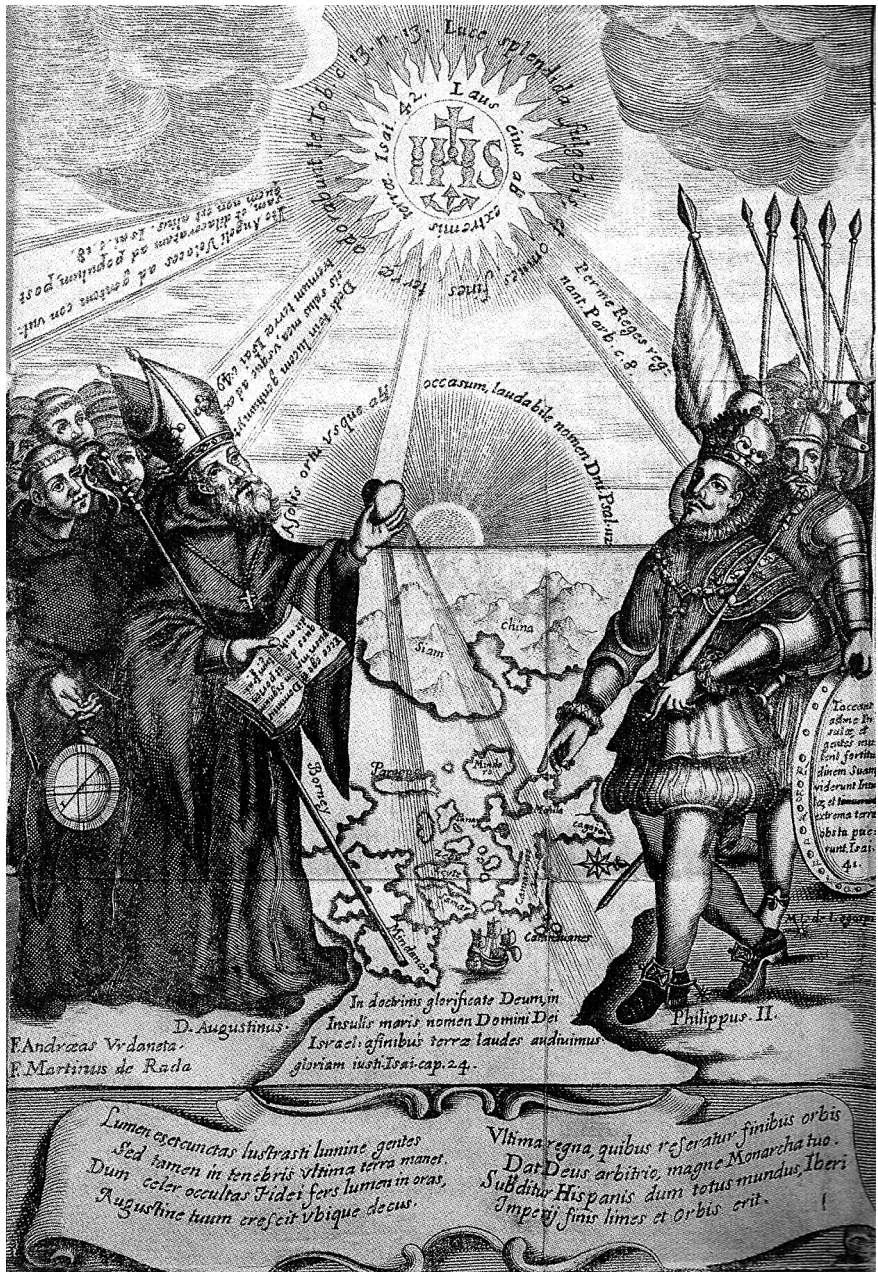
SOL DE SANGRE

HÉCTOR J. CASTRO

* * * *

A mi amigo Dativo Donate
¡Padre y maestro mágico, salud!

* * * *


Lux splendida Tob. c. 13. n. 13.
Laus eius ab extremis terræ Isai. 42.
IHS
Omnes fines terræ
Per me Reges regnant. Prob. c. 8.
Solis ortu usque ad occasum, laudabile nomen Dñi Psal. 112.
China
Siam
Borney
Philippus. II.
D. Augustinus.
F. Andrœas Vrdaneta.
F. Martinus de Rada
In doctrinis glorificate Deum, in Insulis maris nomen Domini Dei Israel. a finibus terræ laudes audiuimus gloriam iusti. Isai. cap. 24.
Lumen ex cunctas lustrasti lumine gentes
Sed tamen in tenebris vltima terra manet.
Dum coeler occultas Fidei fers lumen in oras,
Augustine tuum crescit vbique decus.
Vltima regna, quibus reseratur finibus orbis
Dat Deus arbitrio, magne Monarcha tuo.
Subditur Hispanis dum totus mundus, Iberi
Imperij finis limes et Orbis erit.

JORNADA PRIMERA

* * *

El caballero de la triste figura

Islas Filipinas, año de Nuestro Señor Jesucristo de 1582

I

El poeta Diego Hurtado de Mendoza, a quien se le atribuye *El Lazarillo de Tormes*, te dijo una vez que la melancolía es, al mismo tiempo, la más dolorosa y grata de las sensaciones; algo así como la felicidad de estar triste, porque lo que dejamos atrás es parte de nosotros mismos, y muchas penas sólo se pueden soportar cuando al fin se las abraza. Tú, Juan Pablo de Carrión, viejo aventurero y marino retirado de las armadas del rey de España, piensas en ello muchas veces, cada vez que contemplas este suelo maldito, encharcado por las lluvias torrenciales, y suspiras desalentado. Durante años has doblado el espinazo sobre la tierra ingrata, y ya estás harto. Tú que provienes de familia hidalga, de una región de conquistadores de la que partieron simples soldados que después se casaron con princesas, como esos capitanes de Alejandro Magno ataviados de púrpura y bronce. En vano has intentado ser buen granjero; has sembrado semillas que acabaron arrastradas por la riada o las ha echado a perder la sequía, según la

ira de las estaciones; inútilmente has esperado que el viento trajese días propicios para tu huerto. Pero no es la voluntad de Dios. ¿Qué es lo que quiere Él de ti?

Has visto morir a la mujer por la que en otro tiempo suspiraste de amor. Envejecido, hoy vives en la más adusta soledad del alma. Fue tu paso por la vida un florecimiento de pasiones alegres y aventureras; una existencia errante llena de riesgos y azares; una más entre todas las de esos mancebos de diversos linajes que se enganchan en los ejércitos del rey en busca de lances de honor, espada y fortuna. Ahora, el peine matutino doma hebras de nieve en tus cabellos y tus huesos te duelen cuando hay humedad; sin embargo, sientes que estás en ese declinar de la vida tan propicio para las ambiciones, más propicio aun que la juventud misma. Si acaso es menester mirar las almas y las razones a la luz del pasado para comprenderlas. Mientras que el porvenir es un enigma, el presente es un cuadro de vastas proporciones, visto con las narices sobre la tela, sin la debida distancia, y únicamente la perspectiva de los años descubre la magnitud de las cosas, su verdadera proporción.

El calor pegajoso del archipiélago hace correr gotas de sudor por tu frente alta y orgullosa. Llevas horas trabajando, acompañado por los sapos y cigarras que cantan entre los juncos. Pero no te engañes: no eres labrador por más que te empeñes, Juan. Desde muy temprana edad sentiste en tu corazón la necesidad de ver con tus propios ojos esos mundos fantásticos y esas maravillas remotas de las que hablaban las historias. La villa de Carrión de los Condes te venía estrecha; se cerraba sobre ti como una pinza opresora y decidiste marchar lejos, abandonando a tu familia y

tus comodidades, a explorar las aguas del Mar Tenebroso en aquella primera expedición junto a Ruy López de Villalobos, que fue un auténtico fracaso y tú fuiste uno de los pocos supervivientes. Conocías el peligro y lo arrostraste con esa valentía e irreflexión propias de españoles. Las islas de Poniente te impresionaron al principio, de eso te acuerdas muy bien a pesar del tiempo transcurrido. Las tierras verdes, sombrías y ocultas al fondo de bahías curvilíneas; selvas entroncadas en enormes montañas, fragores de roca viva y regueros vegetales corriendo sobre las laderas; el aire caliente que sofocaba tus pulmones; el vapor que hacía temblar el horizonte a ras de agua; las tórridas noches bajo la lluvia interminable, con toda aquella sensación de misterio escondido tras las altas murallas de verdor, como si aquellos fabulosos paisajes fuesen invenciones sacadas del libro de Amadís. El resto no fue tan bueno y pronto llegó el desengaño, cuando conociste la dura vida en los presidios fronterizos: las enfermedades a las que los soldados os veíais expuestos, la falta de ropa y municiones, las precarias condiciones y los abusos de los comandantes, las fechorías, motines y deserciones, que daban penoso ejemplo a los indígenas que pretendíais convertir. Cada vez se hizo más dolorosamente palpable la idea de que a las Filipinas los soldados no iban a hacerse ricos, sino a morir resignados ante las pocas posibilidades de volver a casa. ¿A eso has venido, Juan? ¿A ser una hoja seca movida por el viento, o arrastrada por la corriente hasta pudrirse en algún remoto lodazal, olvidada por el resto del mundo, incluso por aquellos que algún día hallaron cobijo bajo tu sombra? Siempre creíste que había reservado para ti algo más grande.

Como si todos esos pensamientos que en los últimos días han revoloteado en tu cabeza hubieran sido un presagio, tu destino

viene a buscarte al atardecer, a esa hora en la que el sol declina acariciando la cima de los montes con majestuosa calma, desparramando la melancolía por las selvas. Estás en tu huerto, ocupándote de las últimas tareas del día, cuando vislumbras las figuras borrosas de tres centauros en la cresta de la colina, recortadas sobre la luz bermeja del crepúsculo. Al principio te parecen una ilusión, efecto del vapor que anuncia la proximidad de la noche, pero a medida que se acercan, como si fuesen vagos fantasmas condensándose en forma corpórea, comienzan a adquirir más detalle. Los tres jinetes montan buenos animales y visten ropas de camino, aunque de precio. También te fijas en que llevan armas en el arzón de las sillas. Los ves llegar a la vez que desanudas el pañuelo que rodea tu cuello y te secas el sudor de la cara. Ellos siguen acercándose. Los cascos de los caballos resuenan huecamente al pasar por el puente de tablas aparejado sobre el riachuelo que baña las cercas. Entran en el huerto, por el sendero abierto entre las cañas de bambú, hasta detenerse junto a ti.

—Con la paz de Dios, Juan Pablo de Carrión.

Uno de los jinetes se quita el antifaz de camino y desvela su rostro. Enseguida lo reconoces.

—Con ella vengáis, don Rodrigo…

El hombre que tienes delante, a quien no ves desde hace por lo menos una década, es don Rodrigo Belmonte de Miranda, caballero navegante e hidalgo segundón de una pudiente familia asturiana. Poco ha variado desde la última vez que os cruzasteis. De unos cuarenta años, cara alargada y enjuta, con el ojo izquierdo empequeñecido por una cicatriz. Lo último que oíste de él, y de

eso ya hace tiempo, es que anduvo enrolado en la expedición que el gallego Álvaro de Mendaña hizo en busca de las Islas de Oro, sin hallar, por cierto, demasiada fortuna.

—¿Os habéis cansado de arar los mares en busca de ese tesoro perdido del rey Salomón? —preguntas con cierta ironía, sacudiéndote las manos sucias en los calzones—. ¿O es que lo habéis encontrado y queréis repartirlo con un viejo camarada?

Niega el otro con la cabeza y apoya los codos sobre el pomo de la silla.

—He venido a hablar con vuesamerced, si es posible.

—Es posible —contestas—. Pero lo que tengáis que decir, no me lo digáis a caballo.

Don Rodrigo desmonta con tintineo de arreos y espuelas, se destoca de sombrero y se pasa una mano por el pelo, que es abundante y negro como ala de cuervo, salvo por un mechón blanco que le sale del flequillo.

—Siento lo de vuestra esposa —te dice.

—Gracias.

Se te queda mirando unos instantes, estudiándote. Se fija en tu melena cana y sucia, tu barba descuidada, la ropilla abierta que deja a la vista tu cuello flaco y nervudo.

—Noto que habéis envejecido.

Encoges los hombros ante tal evidencia.

—Tengo esa mala costumbre —respondes con cierta sequedad.

Acentúase la sonrisa en los labios pequeños y apretados de Belmonte, que se acerca a las alforjas de su caballo, de donde extrae un papel plegado y sellado.

—Os traigo una carta —dice, mostrándotela.

Frunces el entrecejo, bastante extrañado.

—¿Una carta de quién?

—La firma don Gonzalo Ronquillo de Peñalosa, nuevo gobernador de Manila —Belmonte da un paso hacia ti—. Puedo explicaros algunos detalles detenidamente, si me lo permitís.

Tras una pequeña pausa, asientes con la cabeza y haces un gesto de invitación a los otros jinetes, quienes todavía siguen montados.

—Perdonad, nunca he tenido buenas dotes de anfitrión. Podéis dejar vuestros caballos en el tapanco —y señalando tu casa, poco más que un chamizo de madera y paja en medio de los arrozales, añades—: Pasemos adentro, tomaremos un vaso de vino y charlaremos más cómodamente.

Y así lo hacéis.

II

Mírate, Juan Pablo, ¿qué ha sido de ti?... Aficionado desde niño a tantas cosas sin destacar en ninguna, soñador impaciente, inadaptable, con acopio de actitudes pero sin poder fijar en un punto la veleta de tus altivos pensamientos. Quién te hubiera dicho que todos tus humos, esos humos de rey, habrían de parar en este rincón donde todos te desconocen. Viejo por dentro y por fuera, en un hogar triste y desapacible, forzado a vivir como de limosna, trabajando la tierra día y noche por cuatro miserables monedas. ¿Te consideras fracasado? ¿Acaso infeliz, porque no realizaste un destino ilustre, porque te engañaron tus propias ilusiones? Una vez tuviste en tus manos la felicidad y la rehusaste. Nunca te gustó que te dijeran la verdad, Juan. Todavía tienes demasiado orgullo, sólo que tu voluntad está dormida. ¿A qué esperas para despertarla? Hace años que Legazpi y Urdaneta han muerto. ¿Es que acaso temes a los fantasmas?

Ahora recorres paso a paso el panteón de tu memoria, donde yacen inolvidables recuerdos: candentes historias de amor, sangrientos sucesos, golpes y reveses que han dejado en tu alma un lastre del que nunca has conseguido liberarte. Padeces en lo más hondo el fracaso inexcusable de tu estirpe, la decadencia de tu prez, torpemente arrojada por caminos extraños y oscuros en pos

de logros efímeros, reiterados errores que han agriado tu carácter y tu voluntad. Durante años has luchado por conquistar el imposible de llenar tus gigantescas aspiraciones. Ese imposible todavía existe, puedes sentirlo, tocarlo; te está retando de nuevo, y te excita, te embravece, te aprieta cada vez más.

Los postes de la hamaca crujen cuando te levantas. En toda la noche apenas has podido pegar ojo. Varias veces, en el confuso tránsito de la vigilia al sueño, despertaste sobresaltado. La luz de la luna esclarece sobre la mesa la carta del gobernador, que te atrae como una piedra imán. Dice que se te reclama en Manila para un asunto de mucha importancia. Los detalles proporcionados por Rodrigo Belmonte y sus acompañantes tampoco aclararon demasiadas cosas, salvo darte a entender que por tu bien lo mejor es que acudas a la cita. ¿Será esto acaso la señal del Cielo que tanto ansiabas? Quizá la jornada por el camino de la vida no ha terminado aún, y la tumba que guarde tus despojos se halle más lejos de lo que crees.

Reducirte a la soledad tras la muerte de tu esposa no ha podido apagar la llama de tu corazón, ni desvanecer los encantados sueños de tu cabeza. Tal vez la guerra te esté esperando, y rehuirla resulta estéril porfía para un guerrero, ya que desde el principio del mundo los hombres la han amado y seguido, y aún en el Cielo la hubo entre los ángeles cuando expulsaron a Lucifer.

Vas hasta donde está el arcón que guarda tus escasas pertenencias, giras la llave y abres la tapa, que chirría quejumbrosa. Allí está tu espada, enrollada en una tela basta. La desenvuelves y la empuñas, sintiendo un hormigueo que te recorre el brazo y eriza el vello. «Cuanto tiempo, vieja amiga...» Es una buena tizona: forjada en

Toledo, sólida en la base, doble filo y guardamano de recios gavilanes. Sableas el aire con ella; lanzas adelante un par de estocadas; pero enseguida te duele la muñeca. Falta de costumbre. Solamente necesitas, al igual que la espada, sacudirte la herrumbre y bruñir el acero del que estás hecho. Rebuscas en el fondo del arcón, donde guardas el cándido recuerdo del antiguo amor: la trenza que Leonor te regaló cuando se puso enferma, antes de que las monjas se la llevaran al hospital de las Comendadoras, donde murió con los brazos rodeando tu cuello, la cabeza desmayada sobre tu hombro, y en los ojos el rastro de sus últimas lágrimas vertidas de miedo a las penas eternas. El mechón de pelo rubio, que brilla en tu mano como una ajorca de oro, remueve en tu alma viejas memorias; y como no es posible renunciar a la sangre, tú, cristiano y caballero, sientes que el corazón, tanto tiempo muerto, cúbrese por una ola juvenil que lo inunda con la nostalgia de antiguas sensaciones, encendiendo la chispa con la que comienzan los cantares de gesta. En tanto, la aurora despliega por las selvas su luz rosada, llena de promesas.

***

¡Bien por ti, Juan! Al fin te has decidido.

El sol, alto y radiante, ilumina tu llegada. La choza de Ramil está al otro lado del villorrio, junto a una gran lengua de cocoteros que se extiende por la ribera del lago Taál. El indio Ramil es un buen amigo tuyo, perteneciente al pueblo de los pampangos, y cristiano desde que los primeros frailes llevaron a las islas de

Poniente la ley de Dios. Has decidido hacerle una visita antes de viajar a Manila, para saludarle, o acaso despedirte…

Sus hijos, media docena de muchachos de piel cobriza, desnudos salvo por un calzón que les cubre las vergüenzas, te reciben con alboroto, danzando alrededor de tu caballo y exclamando *¡Mabuhay! ¡Mabuhay!*

Al verte desde los escalones de la choza, donde estaba entretenido tallando en madera figurillas del Santo Niño de Cebú, Ramil te saluda con la mano. Se acerca sonriente, mas cuando llega hasta ti, percibes que su cara se torna entre confusa y preocupada, al fijarse en las armas que cuelgan del arzón de tu silla y en el bulto de la armadura que llevas en el equipaje.

—¡Hola! —saludas.

—Mucho tiempo sin verte, prójimo Juan —te dice en un castellano difícil, con voz mansa y humilde, aun sin apartar la vista de tu espada y tu rodela.

—Las lluvias me han tenido recluido —respondes, tirando levemente de las riendas para detener el paso del corcel, que se sacude y resopla para quitarse el polvo del hocico—. Me vendría bien cortarme el pelo. Y de paso que me invites a un poco de ese sabroso *basi* que tienes escondido. ¿Qué te parece?

Ramil inclina la cabeza hacia delante.

—Me parece bien, prójimo Juan.

Y seguidamente les da un par de órdenes en su lengua a sus hijos mayores, quienes obedecen con presteza. Luego, cuando

desmontas, posa una mano en tu hombro y te conduce adentro de la casa, mientras otro de sus vástagos atiende a tu caballo.

Ramil va hasta la despensa y vuelve con una botella sujeta por el cuello y dos vasos. Echáis un par de tragos, acompañándolos según la costumbre con unos frutos dulces y frescos, mientras habláis de trivialidades como la cosecha y la riada y las langostas que la echan a perder.

Lucía —nombre de cristiana de la esposa de Ramil— os mira desde su asiento con ojos profundos, negros y salvajes, sin intervenir en la conversación salvo cuando su marido le pregunta algo en su lengua, y entonces contesta con alguna seca palabra o leve gesto. Nunca te ha tenido mucho aprecio; o simplemente nunca se lo ha tenido a la gente de tu nación; que si bien muchos de los *castillas* que arribaron hace veinte años a estas costas se esforzaron por traer la civilización acá donde reinaba el caos, otros se comportaron como viles carniceros, engallados por la impunidad con la que atormentaban a todo bicho viviente. Y el pueblo de los pampangos algo conoció de eso, antes de su definitiva pacificación y conversión a la verdadera fe de Cristo, lo que les proporcionó la celosa protección de los frailes agustinos que denunciaban a todo el que cometiera tropelías contra los indios bautizados.

Terminado el refrigerio, pasáis a un pequeño cuarto con suelo de estera, iluminado por la luz que entra por los ventanucos; allí tomas asiento en una banqueta de mimbre y Ramil te rodea el cuello con una toalla, en forma de muceta; te ajusta bien el cabello tras las orejas y echa el agua vaheando en la bacía, la cual te encaja en la garganta como bandeja de cabeza decapitada. De un estuche de cuero saca navaja, tijeras y brocha. No es que Ramil sea

un maestro barbero, pero tiene los conocimientos suficientes para dejarte presentable y quitarte esa facha de lúgubre sepulturero que traías. Por su expresión puede apreciarse que está preocupado por ti; sin embargo, conociendo que la discreción favorece la amistad, nada pregunta sobre tus designios, ni por la razón que te ha hecho aparecer armado como si fueras a enfrentarte al demonio Aswang.

Tras unos minutos en silencio, en los que sólo se escucha la respiración del indio en tu cogote y el rasgueo de la navaja sobre tu piel enjabonada, comentas:

—Unos asuntos me reclaman en Manila; pero antes de partir, quiero dejar algunas cosas en orden.

—¿Y hay algo en lo que te pueda ayudar, prójimo Juan?

—Poca cosa. Tan sólo pedirte que me guardes un cofrecillo que he traído. Vendré a recogerlo a mi vuelta. Mas en el caso de que algo me sucediera… Me gustaría que lo enterraras bajo el balete centenario que tengo en el jardín —aquí el rasgar de la cuchilla, e incluso la respiración del indio, quedan en suspenso—. También, si no es mucha molestia —continúas—, quisiera que cuidaras de mi caballo durante mi ausencia. No te dará mucho trabajo, nada más que le dejes dar un pequeño paseo al frescor de la mañana, que es cuando más le gusta.

Percibes que Ramil asiente en silencio. Te echa el pelo húmedo hacia atrás con un peine, toma las tijeras y comienza a recortar. Gotas de agua tibia caen por tu frente amplia, surcada de gruesos trazos, y se deslizan veloces por tus mejillas rasuradas, frescas. Cuando ha terminado el trabajo, Ramil trae un espejo redondo,

enmarcado en un aro de bronce, en el que te miras. El cristal, moteado por manchas de azogue, te devuelve la imagen de un anciano, como esos bustos de antiguos monjes guerreros que reposan en los sepulcros de las catedrales. Te ves las arrugas arremolinadas junto a los ojos, las manchas en la piel, el pelo enjalbegado de grises. Te preguntas cuándo te habrán salido todas esas canas.

—Ramil… —dices sin dejar de mirarte en el espejo—. ¿Tienes por ahí un poco de ese tinte que haces con palo Campeche y ceniza?

A través del reflejo, ves que el indio te dedica una sonrisa de conmiseración.

—Manila—

III

La bahía de Manila se te presenta envuelta en un sudario de brumas. Estás incómodo y cansado, tras un trayecto de seis horas bordeando la costa a bordo de un barangay, en el que viajas junto a otros cuatro españoles y una docena de nativos. La espalda te duele como si hubieras dormido sobre una cama de clavos, y la humedad del ambiente no ayuda. Te levantas de tu asiento, agarras un cabo y te quedas asomado a la borda por la parte más cercana a popa, mientras la ligera embarcación, impulsada por su pequeña vela y a fuerza de remo, continúa un trecho a contracorriente del río Pasig hasta amarrar en los muelles de Santiago, bajo la torre de la linterna. Le dedicas una mirada aprobadora al patrón, como indicándole que ha hecho bien la maniobra, y él te responde con una breve sonrisa. Cinco minutos después, en cuanto los guardias de aduana dan permiso, bajas por la pasarela junto a los demás pasajeros y pones pie en el espigón, con cuidado de no resbalar en el verdín que lo cubre. Un fuerte olor a brea, algas y tierra mojada inunda tus fosas nasales mientras atraviesas la zona portuaria, que es un trasiego de comerciantes, criados, pescadores, mujerucas, soldados y gente de toda laya, quienes, protegiéndose de la persistente llovizna bajo los toldos de las embarcaciones y los tejados de las cabañas, conversan y hacen negocios en ese potaje de castellano, portugués y lengua tagala. Te cruzas también con